

EL SENTIMIENTO DE LA NATURALEZA EN LOS *DIARIOS* DE JOVELLANOS

I

En 1915, tras una larga, complicada y significativa historia de ocultación y hasta de secuestro, el Real Instituto de Jovellanos, de Gijón, publicó los *Diarios* o *Memorias íntimas* de su fundador. La edición a cargo del director del citado centro docente, don Miguel Adellac, era, además de en extremo descuidada, insuficiente a todas luces para un libro de tan singular interés: plagada de errores, con anotaciones pobrísimas, sin índices ni referencias. Tan pronto aparecida, la obra cayó en olvido y ni una sola de las revistas críticas y eruditas del tiempo la reseñó. Después, fuera de algunos jovellanistas, nadie parece haberla leído. Sin embargo, se ha dicho de ella, con razón, que es “el único gran diario de la literatura española”, y Manuel Cardenal, en el *Diccionario de literatura española*, la destaca sobre el resto de la producción jovellanista: “Pero, sin duda —dice—, su obra más importante, si bien la menos conocida y citada, es el *Diario*. Nadie como él ha visto los campos, los ríos, las montañas de España; nadie tampoco ha dejado de sí un retrato más cándido, sincero y nítido como Jovellanos en las páginas de su *Diario*”.

Todo ello es exacto, aunque el tema de la naturaleza y la confianza constituyan una mínima parte de la rica y variada materia que el libro encierra.

El *Diario*, o más bien, los *Diarios*, porque así está subdividido por el mismo autor, coinciden con las fechas de destierro de la corte. Se inician el 20 de agosto de 1790 y terminan el 20 de enero de 1801, poco antes de que el suave y para Jovellanos feliz confinamiento en Gijón, su villa natal, se trocase en la dura y larga prisión mallorquina.

De la riqueza de su contenido puede dar una idea la subdivisión en títulos y subtítulos que para un estudio detenido de la obra hemos hecho en otro lugar: *a)* El viajero: geografía, economía; noticias artísticas; archivos: afán de inventariar; caminos y posadas; incidentes de viaje; *b)* naturaleza y paisaje; folklore y vida popular; *c)* Asturias; vida en Gijón; el Instituto Asturiano; patria chica y patria grande; *d)* literatura; autocrítica; vida literaria; Meléndez Valdés y otros amigos; enemistades y diferencias; lecturas; *e)* el elemento personal

y biográfico; las persecuciones y la política; amigos y enemigos; fin del destierro; embajador y ministro; conflictos, ideas y actitudes ideológicas; la correspondencia con Jardines; la Revolución francesa; reforma y demagogia; humanitarismo e ilustración; la razón y la ciencia; la religión: ideas y actitudes religiosas; f) personas y retratos; comida y bebida; el trato social: aristocracia y buen gusto; la vida española: impulso ascendente y decadencia.

Como se verá, apenas hay tema o circunstancia a que se sienta ajeno el diarista. Se muestra bien aquí la vocación del polígrafo y hombre ilustrado, así como el sentimiento del poeta y las preocupaciones del patriota; esa armonía de la personalidad de Jovellanos, de su "alma hermosa", como dijo Menéndez Pelayo, que más que ningún otro rasgo de su figura ha atraído a quienes conocen su vida ejemplar y su obra, nada despreciable, epítome de lo mejor del siglo XVIII español con una serie de posibilidades malogradas. Son los *Diarios*, en primer lugar, un libro de viaje que por la abundancia de noticias y lo acertado de los juicios puede parangonarse sin desdoro, dentro de su esfera, más reducida, con la obra clásica de Antonio Ponz; son documento histórico, vivo, literario de una época; son testimonio fiel de un espíritu turbado a pesar de su serenidad congénita. Turbado por haber sentido en la propia carne y en la propia vida el drama histórico de un país y de una cultura, en las cuales se iniciaba ya una escisión, de la que Jovellanos es aquí testigo excepcional, al par que fué la primera víctima. En él se manifiesta con evidente grandeza, dentro de un ambiente moderno, ese destino angustioso del español que vive "desviviéndose", como ha dicho Américo Castro, por sentirse entero y no partido; por aspirar a la conciliación de las dos posiciones, al parecer irreconciliables, en que el país se halla dividido justamente desde los tiempos de Jovellanos. En este sentido conocemos pocos libros en los que de manera tan manifiesta y personal, a pesar de lo escueto de sus anotaciones, se nos vayan revelando en forma directa, vivida, los factores de toda una realidad histórica. Ésa es la causa de que el libro permaneciera inédito por más de un siglo, según declaró explícitamente el poseedor del manuscrito, don Alejandro Menéndez de Luarca¹.

Independientemente de su interés como documento histórico, hay en los *Diarios* un amplio repertorio de notas para estudiar la sensibilidad artística del autor y de su época. Entre ellas son especialmente sugestivas las que nos muestran a Jovellanos en momentos de relativa calma entregado al goce sereno y contemplativo de la belleza natural.

¹ Véanse los "Apuntes para el prólogo" en la edición citada. Ahora se halla en prensa una nueva edición, costada por la Diputación de Oviedo. Las notas que siguen pertenecen, en parte, a la Introducción que para esa edición hemos preparado.

II

Ya Menéndez Pelayo señaló la especial aptitud del escritor asturiano para sentir la emoción de la naturaleza. Luego Azorín habló de la "sensación aguda de paisaje que hay en sus versos". Más recientemente Gerardo Diego ha insistido sobre ello y ha llegado hasta afirmar que "será difícil que hombre alguno se haya situado ante la naturaleza con la avidez y la capacidad, con el amor también de don Gaspar Melchor de Jovellanos". "¿Goethe?" —se pregunta en seguida—; y concluye: "Más profunda la contemplación en la mirada del de Francfort, pero más completa y rica aún en la retina del asturiano".

Que los citados críticos no exageran es evidente para quien haya leído los *Diarios*. Ninguna otra de sus obras muestra mejor ni con mayor variedad este aspecto de la sensibilidad jovellanista. Historia, arte, agricultura, industria, vida social. Todo ello solicita constantemente la atención del polígrafo, del sociólogo, o del educador. Mas junto al "filósofo", como se diría en su tiempo, está en todo momento el hombre sensible con el alma siempre abierta a la hermosura del mundo natural y a los sentimientos de paz que la contemplación de esa hermosura engendra.

El tema aparece constantemente y en todos los itinerarios de sus viajes. Entre la noticia histórica y el árido dato económico, resaltan observaciones como "grandes y bellas alamedas en los paseos y a orillas de los ríos" o "viñas, pinares a la izquierda; a la derecha, lejos, cadena de alcores". Son tenues pinceladas, frases que en su laconismo tienen la virtud de suscitar en la mente del lector, fatigado por la monotonía inescapable de las páginas de todos los diarios, la imagen aireada de los paisajes de España.

El estilo adquiere, a causa de la sobriedad impuesta por el género, enorme eficacia expresiva. En tres líneas, o a veces en un simple adjetivo, se concentra toda una visión compleja que produce en el lector resonancias que el diarista no pudo sospechar. Es, por ejemplo, muy interesante, en vista de lo que el paisaje castellano ha significado para los lectores de Unamuno, de Azorín, de Machado, el encuentro con Castilla de este poeta sentimental y de este reformador, a la manera de su siglo. Entra por Pancorbo, el 31 de agosto de 1791 (*Diario segundo*). No deja de impresionarle la austeridad de estos campos, pero como tras el poeta está el economista, le impresionan mucho más la suciedad y la pobreza. Apunta: "Enormes peñas de Pancorbo, de sublime y hórrida vista; pasadas, aparecen los inmensos llanos de Castilla, a que sirve de llave y entrada aquel paso..." E inmediatamente se suceden anotaciones de este tipo: "lugares viejos, sucios y malos edificios", o "los moradores siempre tristes y desaliñados".

LO BELLO Y LO FÉRTIL

Se perfila en esa doble visión de Castilla una actitud que nos pone en contacto con los valores del siglo de la Ilustración, muy perceptibles en las páginas de los *Diarios*. Así vemos cómo el cruce entre la sensación que atrae al poeta y el interés del economista se repite: la belleza se identifica con la fertilidad, y ambas juntas con la felicidad del hombre. Cuando en un momento, pasado Pajares, advertimos el placer que le produce la contemplación del paisaje asturiano y exclama "¡Qué delicioso país!", pensamos que no se trata simplemente de una emoción estética. Igual ocurre con el entusiasmo por los campos de La Rioja en el viaje que por ellos hace en 1795 (*Diario sexto*). Le atrae la fecundidad del suelo y es difícil saber si cuando hace sus anotaciones está pensando en el bienestar que aquellas tierras producirán o en el placer estético que ha sentido: "... en la vega bellísimas huertas de frutas y hortalizas, sin cierros, con buen riego y excelentemente cultivadas". Y en los contornos de San Millán, "¡qué abundancia de tomillo, espliego, orégano y otras plantas olorosas! ¡Qué vista tan risueña la del río Cárdenas, que allá en el fondo corre por una estrecha pero frondosa vega llena de árboles y verdura!" O Navarrete, "soberbia campiña, bien regada, bien plantada de olivos...", y sigue describiendo sus iglesias para hablar, sin transición, de la industria: "Alfarerías en el cerro, que trabajan tinajas de diferentes cabidas y ollería vidriada", tras de todo lo cual exclama: "¡Qué tierra tan venturosa!"

Belleza natural y riqueza. Estética y economía, maridaje típico en una época cuya preocupación fundamental era la de conseguir la felicidad del hombre en este mundo.

LO PRIMOROSO Y LO SUBLIME

Otras observaciones revelan actitudes específicamente literarias. Se ve cómo Jovellanos poseía también ojos y sensibilidad para observar lo más delicado y menudo, los pequeños primores de la naturaleza, como un fray Luis de Granada o un Azorín, nombres que Gerardo Diego ha recordado al citar, justamente, el siguiente pasaje que se encuentra en una de las primeras páginas, y al que, en el manuscrito, acompaña un dibujo:

... telas de araña, hermoseedas con el rocío, así [aquí el dibujo]. Cada gota un brillante redondo, igual, de vista muy encantadora. Marañas entre las árgomas, no tejidas vertical, sino horizontalmente, muy enredadas, sin plan ni dibujo. ¡Cosa admirable! Hilos que atraviesan de un árbol a otro a gran distancia, que

suben del tronco a las ramas sin tocar el tronco, que atraviesan un callejón. ¿Por dónde pasaron estas hilanderas y tejedoras, que sin trama ni urdimbre, sin lanzadera, peine ni enjullo tejen tan admirables obras? ¿Y cómo no las abate el rocío? . . . Todo se trabajó en una noche; el sol del siguiente día deshace las obras y obliga a renovar la tarea. (27 de septiembre, 1790).

En el otro extremo de este sentir el encanto de lo minucioso, se da también la capacidad de vibrar ante los grandes espectáculos, y el adjetivo “sublime”, concepto muy de los tiempos, aparece siempre en estos momentos. Así en Pajares:

¡Qué escenas tan sublimes! ¡Qué montañas tan augustas! Todas se ven como unos enormes trozos derrumbados de las más altas. En las inferiores el monte de Valgrandre poblado de hermosas hayas . . . (17 de noviembre, 1793).

PASEOS. EL LECTOR DE ROUSSEAU

Las impresiones de los *Diarios* no se limitan a los paisajes contemplados por el viajero. El amor por la naturaleza está presente en casi todas las páginas y se manifiesta durante los días de permanencia en Gijón de maneras muy diversas: en el cuidado con que encarga nuevas plantas o con que poda los árboles y arbustos (“se poda la catalpa”), en la casi diaria anotación sobre el tiempo (“dura el viento toda la noche; cae nieve en las alturas”), y, en particular, cuando alude o describe sus paseos por las afueras de la villa o por los caminos y valles asturianos: “Largo y delicioso paseo entre mis amados árboles”.

En 1794 lee las *Confesiones* de Rousseau, libro que, en conjunto, le merece juicio poco favorable, a pesar de lo cual es manifiesto que inconscientemente va dejándose penetrar por la sensibilidad exaltada del ginebrino ante los paisajes solitarios y románticos. Sale con el libro debajo del brazo y se dirige a la playa o a otro lugar, donde lee algunas páginas. Las anotaciones como “paseo con J. J.” o “paseo con J. J. en Luneta” se repiten por estos días, y así preparado su espíritu, no es sorprendente que un día escriba:

Nubes, calma . . . No puedo echar de mi memoria la situación de Santa Catalina en la noche de ayer; la dudosa y triste luz del cielo; la extensión del mar, descubierta de tiempo en tiempo por medrosos relámpagos que rompían el medroso horizonte; el ruido sordo de las aguas, quebrantadas entre las peñas al pie de la montaña; la soledad, la calma y el silencio de todos los vivientes hacían la situación sublime y magnífica sobre toda ponderación. En medio de ella interrumpió mis meditaciones el *¿Quién vive?* de un centinela apostado en el pórtico de la ermita,

el que, oída la respuesta, echó a cantar en el tono patético del país; y esta única voz, de que yo me alejaba poco a poco, contrastaba maravillosamente con el silencio mío. ¡Hombre! Si quieres ser venturoso contempla la Naturaleza y acércate a ella; en ella está la fuente del escaso placer y felicidad que fueron dados a tu ser. (30 de julio, 1794).

Página extraordinaria por su modernidad. Nada tiene del artificio neoclásico con sus zagalas, pastores y jardines. En cambio, todas las sensaciones características del romanticismo están expresadas con sobriedad: luz, mar, los medrosos relámpagos, el rumor de las aguas al pie de la montaña, soledad, calma, y, para acrecentar la emoción, esa voz humana que rasga el silencio de la noche con el temeroso *¿quién vive?* y las suaves cadencias de una canción asturiana. La reflexión sobre la busca de la felicidad completa la estampa con su nota meditativa.

Impresiones como la citada se repiten. Hay bastantes. Sólo añadiremos dos ejemplos, en los que se nota la finura en la percepción de luces y colores:

Lectura en las Confesiones. Paseo; tarde de calma y nubes. Magnífico horizonte al poner el sol; bajo de una nube oscura una gran faja de oro brillantísima, y ráfagas que subían sobre la nube, iluminaban el contorno y encendían el mar. (17 de septiembre, 1794).

Ilusión de Colás: creyó que un navío se incendiaba en medio de la mar. Salté de la cama . . . ; era la luna al asomar por el horizonte; estaba muy encendida y de color de fuego; una nube cubría enteramente su disco, salvo una pequeña parte; ésta se presentaba al principio representando un buque de bastante tamaño, incendiado de popa a proa; pareció después que el fuego trepaba por el aparejo hasta los topes, y la interposición de las nubes aumentaba la ilusión; duró como tres minutos. La misma duración (porque esperaba de un instante a otro ver la máquina hundirse en el agua), y al fin la extraña forma de la luz, me hizo creer que era otra la causa, y al fin, que la Luna. (25 de junio, 1796).

ECOS HORACIANOS Y PAISAJE RENACENTISTA

Como se ve en otros aspectos de su personalidad y de su obra, junto al hombre de su siglo, abierto a todas las innovaciones de sensibilidad o de ideas, se encuentra en Jovellanos un arraigado sentido de la tradición. Por eso, a semejanza de lo que ocurre en Meléndez Valdés o en algún otro poeta de la escuela de Salamanca, a la que Jovellanos, sin ser salmantino, perteneció por adopción, está patente en los *Diarios* la alianza entre las inclinaciones del alma prerromán-

tica y los anhelos de retorno a los motivos de la poesía renacentista. Y así hay también momentos en los cuales la naturaleza se nos presenta como fuente de serenidad y como espejo de la armonía del mundo a la manera horaciana de un fray Luis de León:

... era el crepúsculo de la tarde; el cielo claro y sereno; la luna nueva brillaba dulcemente en lo alto; el canto de los ruiseñores, el ruido del agua, la sombra de los altos árboles... ¡Oh Naturaleza! ¡Oh deliciosa vida rústica! ¡Y que haya locos que prefieran otros espectáculos a éstos, cuya sublime magnificencia está preparada por la sabia y generosa mano de la Naturaleza!

Y la emoción se traduce en el recuerdo de Meléndez y del poeta de la "Vida retirada". Continúa:

Se acercaba la noche; esto me trajo a la memoria la bella oda de Meléndez al asunto; después, la *Noche serena*, a D. Oloarte, y, al fin, la que prefiere la vida solitaria y sus dulzuras; todas se recitaron. (21 de mayo, 1795).

El gozo de este poético instante es compartido por sus compañeros de viaje: "eran oyentes y de la partida —apunta— Liaño, el padre lector Oviña [la escena ocurre en las cercanías del monasterio de San Millán], Acebedo; tuvimos un rato deliciosísimo".

Ya, años antes, al fin del *Diario tercero*, había escrito otra bella descripción de un momento parecido, cuando pasado San Andrés de Trubia, se sienta a descansar a la orilla de un arroyo: "Es sitio delicioso a la margen de las sonoras aguas y a la sombra de un hermoso avellano. Todo es poético..." Pero aquí no se entrega a la emoción, sino que se lamenta de que "pasó la edad de esta especie de ilusiones". Y como si se tuviera lástima a sí mismo, exclama:

Voy a dejarlo, aunque siento arrancarme de tan agradable situación. ¡Oh Naturaleza! ¡Qué desdichados son los que no pueden disfrutarte en estas augustísimas escenas, donde despliegas tan magníficamente tus bellezas y ostentas toda tu majestad! (28 de junio, 1798).

III

Hemos recogido en las notas precedentes algunos textos significativos para la historia de la sensibilidad española en relación con un tema literario, el del sentimiento de la naturaleza, tan característico del alma moderna y en el que nuestra literatura, pasado el extraordinario esplendor del Siglo de Oro —Garcilaso, fray Luis de León, fray Luis de Granada, Lope, Góngora, el mismo Cervantes—, parece ser tan pobre. Con la posible excepción de Gil y Carrasco,

habrá que llegar hasta Rosalía y Bécquer, y más tarde a los hombres del 98, para que el tema renazca con vigor. Jovellanos, que expresó y aun desarrolló emociones análogas a las citadas en otros lugares de su obra, especialmente en la *Epístola del Paular*, las descripciones de Bellver y algunos discursos, no es el único entre los poetas de su tiempo en responder a tales motivos de la nueva sensibilidad. Ya hemos aludido a Meléndez y podríamos citar algún otro. Creemos sin embargo que ni en la propia obra de Jovellanos ni en la de Meléndez se encuentra nada más espontáneo que estas confidencias en las que la sensibilidad, al manifestarse casi sin elaboración literaria, con un mínimum de retórica, obedeciendo tan sólo al estímulo del momento, adquiere una impresionante, hermosa y significativa desnudez. Son por tanto los *Diarios* libro digno de tenerse en cuenta cuando se haga con rigor una investigación sobre el tema.

Podríamos, como simple intento, adelantar alguna sugerencia que se desprende fácilmente de los textos citados. Su nota común es quizá la austeridad, no tanto por lo escueto de la anotación como por la contención del observador. No faltan los ecos del tema procedentes de la literatura del momento en Europa. El estímulo de Rousseau, por ejemplo, es directo y evidente. No obstante, y pese a manifestaciones característicamente prerrománticas, los ecos son siempre bastante débiles. No hay, o lo hay en poca medida, ni idilios rústicos, o arcádicos a lo Gessner; ni el sentido de lo pintoresco de los viajeros ingleses; ni fiestas campestres, *villégiatures*, o églogas galantes a la francesa; ni las *rêveries* del famoso ginebrino. Apenas si hay complacencia en la descripción. Cuando Jovellanos no piensa en la fertilidad de una tierra promisor, se limita a anotar impresiones desnudas. Y cuando su espíritu se conmueve de verdad no es para abandonarse al goce voluptuoso o para adentrarse en sí mismo en busca del hombre interior; es para expresar su profundo anhelo de paz, de soledad. Refleja, sin duda, la manera de sentir de su época, pero en lo substancial podría situársele en una trayectoria característicamente española que empezase en un fray Luis de León y terminase en un Antonio Machado.

ÁNGEL DEL RÍO

Columbia University.